

FUEGO ETERNO

**La historia de
Jerry Lee Lewis**

Nick Tosches

Traducción de Federico Corriente

CONTRA

Hellfire

© 1982, Nick Tosches

Publicado según acuerdo con el autor, c/o Baror International, Inc., Armonk, Nueva York, EE. UU.

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Traducción: Federico Corriente

Diseño: Setanta

Maquetación: Emma Camacho

Primera edición: Febrero de 2016

© 2016, Contraediciones, S.L.

Psje. Fontanelles, 6, bajos 2ª

08017 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 2016, Federico Corriente, de la traducción

© 1989, Greil Marcus, del prólogo

© K & K Ulf Kruger oHG/Redferns/Getty Images, de la foto de la cubierta (Jerry Lee Lewis en el Deutschlandhalle de Berlín, 1963)

Letra de «Another Place, Another Time» de Jerry Chesnut.

Usada con el permiso de Passkey Music, Inc.

Letra de «A Damn Good Country Song» de Donnie Fritts.

Usada con el permiso de Combine Music.

Letra de «End of the Road» de Jerry Lee Lewis.

Usada con el permiso de Knox Music.

ISBN: 978-84-944033-5-4

Depósito Legal: DL B 1.453-2016

Impreso en España por Liberdúplex

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

PRÓLOGO

LO DIRÉ CON TODA CLARIDAD: *Fuego eterno* de Nick Tosches es el mejor libro jamás escrito sobre un músico de rock and roll: ningún otro se le aproxima siquiera. Ahora bien, la cosa no termina ahí, ni mucho menos. Tarde o temprano, *Fuego eterno* será reconocido como un clásico de la literatura norteamericana.

A grandes rasgos, la historia de Jerry Lee Lewis es muy conocida. Nacido en Ferriday, Luisiana, en 1935, Lewis era un vándalo cuya alma se debatía entre el Espíritu Santo y las tentaciones del demonio, este último en forma de piano boogie-woogie. Robó, predicó, asistió a campamentos cristianos, tocó y compuso canciones, y en 1957 Sun Records de Memphis editó su «Whole Lotta Shakin' Goin' On», tema que desde hace más de medio siglo no ha desaparecido ni de la radio ni de la conciencia de nadie que lo haya oído alguna vez. Se convirtió en una estrella internacional. Y de forma casi inmediata, la noticia de su boda con su prima de trece años, Myra Gale Brown —su tercer matrimonio y su segunda bigamia—, arruinó su carrera.

Desterrado de nuevo a los garitos *honky-tonk*, Lewis siguió dando conciertos y acabó enganchado a las pastillas y al alcohol. En 1968 hizo un pacto con la parte mayoritariamente sureña y temerosa de Dios de la América blanca: abjuró, al menos sobre el vinilo si no sobre los escenarios, de la música del pecado —el rock and roll— en beneficio de la música de la culpa: el country.

Se convirtió en estrella por segunda vez. Pronto volvió a ser una estrella lo bastante grande como para hacer lo que le diera la gana, y volvió a grabar rock and roll. Pero los años de vida disoluta y prodigalidad, así como el viejo conflicto entre cielo e infierno, acabaron pasándole factura, y su vida se desmoronó una vez más. Pasó una y otra vez por detenciones, demandas, divorcios y hospitalizaciones; la Agencia Tributaria se incautó de sus propiedades, y enterró por segunda vez a un hijo. Cuando en el verano de 1981 ingresó en un hospital de Memphis, los periódicos de todo el país informaron al respecto diciendo que no se esperaba que sobreviviera, y algunos de ellos hasta publicaron su obituario. Cuando por fin abandonó el hospital, anunció que desde ese mismo día en adelante iba a dedicar el talento que Dios le había dado a alabar al Señor. Aquella promesa la había hecho por primera vez siendo un adolescente, y nadie esperaba que la cumpliera.

A partir de semejantes materiales, que son a la vez lugares comunes y carne innata de leyenda, Nick Tosches ha escrito un libro que puede leerse sin desmerecer junto a la *Autobiografía* de Benjamin Franklin, *Life of Washington* de Parson Weems, *Life of Lincoln* de William Herndon y *The Ordeal of Mark Twain* de Van Wyck Brooks. Es, además, un libro que me remitió al poema puritano de 1662, «The Day of Doom» de Michael Wigglesworth («*They have their wish whose Souls perish with Torments in Hell-fire / Who rather choose their Souls to lose, than leave a loose desire*¹»), a Faulkner, concretamente al relato «Quemar cobertizos», a Absalón, Absalón, y sobre todo a «Compson: 1699-1945», el apéndice a *El ruido y la furia* («Quien amaba no la idea del incesto que no cometería, sino algún presbiteriano concepto de su eterno castigo»), para ir tras la pista de las fuentes de la voz de Tosches.

Fuego eterno no tiene nada que ver con la ironía, esa coartada de un modernismo marchito. Al contrario, es una versión estricta y elegante de lo que quizá sea la modalidad más antigua

1. «Cumplen su deseo aquellos cuyas almas perecen atormentadas en el fuego eterno / Quienes prefieren perder sus almas antes que dejar un deseo suelto.» [N. del T.]

y perdurable del relato estadounidense: por haber bendecido a Norteamérica entre todas las demás comunidades, Dios juzgará más severamente a sus miembros. Dicha noción ha engendrado buena parte tanto de lo mejor como de lo peor de la historia norteamericana; ha desembocado por igual en los juicios por brujería puritanos y la llamada derecha cristiana contemporánea como en la compasión y el terror que emanan del segundo discurso inaugural de Lincoln. En este libro confluyen Wigglesworth y Faulkner; confluyen con Jerry Lee Lewis, que en un principio se negó a cantar «Great Balls of Fire» porque reconocía que dicha canción era una blasfemia obscena. A la vez, el libro de Tosches entronca con una tradición especial y particularmente inexplorada del género biográfico estadounidense. Al igual que los libros de Franklin, Weems, Herndon y Brooks, y que nuestras mejores novelas decimonónicas, *Fuego eterno* es un alegato poético e imaginativo que no aspira tanto a poner de relieve la problemática norteamericana como a juzgarla. No es tanto un «relato verídico» —pese a que no haya libro más escrupuloso en lo tocante a fechas, lugares, sellos discográficos, delitos y en general en todo lo que concierne a la narración fidedigna de los hechos— como un panfleto implacable.

En contraste con el «género tocho» que ha acabado por imponerse en la narrativa biográfica estadounidense, que explora la vida de los personajes más triviales hasta en sus detalles más insignificantes, el libro de Tosches es breve. Al igual que las biografías antes mencionadas, es al mismo tiempo un argumento en torno a valores —de dónde proceden y a dónde conducen— y un ejemplo del género literario estadounidense primigenio: el sermón. Lo que lo convierte en un libro tan extraño y tan absorbente es que el sermón no surge de ningún conjunto de valores religiosos fijo y eterno, como aquellos que el primo hermano de Lewis, el telepredicador Jimmy Lee Swaggart, solía pronunciar sobre Jerry Lee, sino de una transmutación de esos valores: surge del interior del propio Lewis. Se trata de un sermón en el que las cadencias de la vida de Lewis y las del pecado y la salvación engendran un ritmo novedoso y propio. *Fuego eterno* es la historia de Jerry Lee Lewis,

quizá no tal como él quisiera que fuera narrada —por formalmente sincero que él sea, al desvelarnos hasta el último de sus delitos morales y legales—, sino como un juicio que él pudiera soñar, y del que no puede despertar.

Así, el lenguaje de Tosches nos retrotrae a Faulkner, y a partir de este a predicadores como Wigglesworth, hasta regresar a su fuente: la Biblia. Tosches va hilvanando los detalles más prosaicos y aparentemente anómalos —los puestos alcanzados por los discos de Lewis en las listas de éxitos, los datos de copyright, las particularidades de las licencias matrimoniales, las fechas de arrolladoras giras roncaroleras de pueblo en pueblo— en ese lenguaje, hasta que *Fuego eterno* suena, más que a cualquier otra cosa, a unos apócrifos del siglo xx. Tosches arranca cautelosamente, construyendo la genealogía de los Lewis, sin augurios ni presagios ornamentales, describiendo sin melodrama la llegada del pentecostalismo y la eclosión de la glosolalia en la localidad natal del joven Jerry Lee, Ferriday, y luego dejando caer aquí y allá frases resplandecientes y aparentemente clásicas—«Descendió lentamente a aquel lugar en el que la fama repite su propio nombre»— hasta que el lector está dispuesto a aceptar al pie de la letra un pasaje como este, una vez consumida toda la carga irónica que podría acarrear:

La priva y las pastillas despertaban el infierno que llevaba dentro y le hacían proferir espantosas carcajadas. A veces se replegaba tras su propia sombra, rumiando todo género de cosas: abominables, indecibles y peores. A veces acechaba, despotricando con repugnante omnipotencia e impartiendo órdenes a quienes lo rodeaban, cual un Belial a sus subalternos. Él era *The Killer*, y era inmortal, condenado a existir mientras hubiera un bien y un mal entre los que estar desgarrado y agonizar. Acostumbraba a sentarse en el *backstage* de mil clubes nocturnos fríos y húmedos, sabedor de ello, y entonces se echaba al colete más pastillas y las bajaba con tres dedos más de whisky, más sabedor de ello aún.

Caminaba como un hombre hasta el escenario, con el puro a lo Churchill en una mano y el vaso de whisky en la otra, y aporreaba el piano y cantaba sus canciones pecaminosas, convocando a los mortales que tenía ante él, que no estaban hechos, a diferencia de él, a la destrucción desde el instante mismo de su concepción; los convocaba para que vinieran a pasar un rato con él, al borde del infierno. Después se esfumaba en la noche ancestral, a engullir más pastillas y más whisky, allá donde los negros canes nunca cesaban de ladrar y donde nunca amanecía; acudía allí.

De ningún modo es este el único género de prosa que contiene *Fuego eterno*; igual de representativo es este fragmento: «Jerry Lee siguió teniendo discos de éxito a lo largo del año 1970, y su caché por concierto llegó a alcanzar los diez mil dólares por noche». Ahora bien, el peso fundamental del libro lo soporta este tipo de prosa. El uso del punto y coma; la conclusión devastadora, mediante ese «acudía allí» infinitamente reverberante; la colocación del bíblico «sabedor de ello», descendido a una tierra que podemos sentir bajo nuestros pies gracias a la sonrisa sarcástica y desesperanzada de ese «más sabedor de ello aún»: todo esto, por parte de un hombre cuyo libro anterior, *Country*, obedeció a la moda poco más de lo debido, es literatura norteamericana de pura cepa.

La energía, el compromiso y la sensibilidad al ritmo de su prosa proporcionan la credibilidad necesaria al contexto construido por Tosches: la pugna entre la religión fundamentalista de antaño y la celebridad de hogaño, entre el deseo o la voluntad de no dejar nunca «un deseo suelto», y la conciencia de que tal deseo supone la destrucción tanto del cuerpo como del alma. A su vez, el contexto dota de sentido a la historia de Jerry Lee y enlaza con una historia compartida por todos los norteamericanos, aunque no sea sino de forma fragmentaria.

Fuego eterno está animado por la necesidad de comprender qué fuerzas conformaron temas tan poderosos como «Whole Lotta

Shakin' Goin' On», y también la de comprender la forma que esas mismas fuerzas forzaron a adoptar a posteriori al hombre que compuso esos temas. También está animado por la necesidad de hacer palpablemente real esa comprensión para otra gente. El libro de Tosches nos ofrece pecados a porrillo, pero ni una sola de sus páginas contiene la menor instigación. Si bien podemos alegrarnos de no ser Jerry Lee Lewis —y *Fuego eterno* termina de un modo tan sombrío y aterrador como quepa leer en la biografía de una persona que aún no ha muerto—, jamás logramos sentirnos superiores a él. Con todo, la piedra de toque de las biografías no es la empatía, sino la implicación. Todo aquel que alguna vez le haya dicho «sí» a «Whole Lotta Shakin' Goin' On» seguramente encontrará su lugar en *Fuego eterno*.

Greil Marcus

En la naturaleza de todo hombre carnal yace el fundamento de los tormentos del infierno. Allí se encuentran los principios corrompidos que, ya estén refrenados o poseídos de manera plena, son las semillas del fuego eterno.

JONATHAN EDWARDS, *Pecadores en manos de un Dios airado*

Arrastro al público al infierno conmigo.

JERRY LEE LEWIS

ERAN LAS TRES DE LA MAÑANA, y en el dormitorio principal de Graceland reinaba la calma. Elvis Presley yacía en la cama, inmerso en sueños y vestido con su pijama de algodón azul. Por la comisura de sus labios asomaba una minúscula burbuja de saliva. Respiraba con dificultad, y se dio la vuelta. Era el mismo sueño de siempre.

Era un día de verano hacia el final de la tarde, e iba caminando por Tupelo a donde vivía la virginal Evangeline. Al doblar la esquina y adentrarse en una calle en la que unos frondosos almeces sorbían ávidamente los rayos del sol se le iluminó el rostro. Allí estaba, la casa del padre de Evangeline, donde ella le esperaba, envuelta en aquella prenda mágica e impía sacada del cajón inferior de su madre.

Le recorrió un escalofrío. Estaba desnudo. La sensación de gozo dio paso a otra de pavor, y enrojció de pánico. Atravesaría la ciudad, donde su madre aún no había muerto, volviendo sobre sus pasos, e iría a buscar su ropa. Si se daba prisa, le daría tiempo. Tomó un atajo por un jardín trasero que reconocía, pero no tardó en perderse y en correr atemorizado a través de un lugar extraño y hostil hasta alcanzar una pradera que no se parecía a ninguna otra que hubiera visto jamás; al desembocar la tarde en la noche, el prado se volvió infinito, y chilló.

Estaba sonando el teléfono de la mesilla de noche. Era uno de los muchachos de abajo, llamando al jefe para decirle que había problemas.

Robert Loyd, uno de los guardas de seguridad de Graceland, había visto con desazón al Lincoln Continental del 76 subir apresuradamente por la entrada de gravilla y chocar contra la verja.

—Quiero ver a Elvis —vociferó el conductor, con una voz tan áspera como el estruendo de cromo y hierro forjado que le había precedido—. Decidle que está aquí *The Killer*.

El guarda le reconoció y le informó de que Elvis no quería que le molestaran. A *The Killer* no le gustó aquello. Sacó una Derringer del calibre treinta y ocho, y entornó los ojos, ya entrecerrados, con ira acrecentada.

—¡Coge ese maldito teléfono de llamadas internas y que se ponga! ¿Pero qué se habrá creído ese maldito hijo de puta? ¡Que no quiere que le molesten! Ni que se creyera mejor que los demás, carajo.

El puto Elvis Presley de los cojones —y se le aceleraba el pulso al pensarlo—, viviendo ahí en esa maldita mansión como si fuera Dios, cuando no era más que un viejo drogadicto gordinflón que se teñía el pelo igual que una puñetera mujer. Ya lo advirtió Job: «Pasan sus días en prosperidad, y en un momento descienden a la sepultura». A la sepultura, a la sepultura, a la sepultura. Casi se echó a reír, pero en su lugar escupió de asco antes de ponerse a vociferar de nuevo. No dio tregua, y el guarda se acercó al teléfono.

—Elvis ha dicho que llamemos a la poli —le dijo el muchacho que estaba en la vivienda. *The Killer* bramaba mientras blandía la pistola y apuntaba con ella hacia la mansión.

El guarda cumplió la orden, y en menos de un minuto se presentó un coche patrulla. El agente B. J. Kirkpatrick echó una ojeada al interior del Lincoln y vio que *The Killer* estaba sujetando la Derringer contra el panel de la puerta con la rodilla izquierda. Abrió la puerta y el arma cayó al suelo. Cuando la recogió vio que estaba cargada.

—Esto te costará el puto puesto, muchacho —le espetó *The Killer*.

Kirkpatrick lo sacó del coche, le obligó a separar las piernas, lo cacheó y lo esposó. Aparecieron más coches patrullas, y se lo llevaron.

Durante el lento trayecto, realizado en contra de su voluntad, el detenido contempló con saña el oscuro y lento caudal de la noche mientras se preguntaba qué sería lo que había salido mal. Debió de pasársele por la cabeza, con la misma rapidez con la que se esfumó, la ocurrencia de que en tiempos del Antiguo Testamento los alcoholímetros no existían. Aquello tenía que tener algún significado. Debió de pensar en entonar una canción, aquella tan vieja sobre un encuentro al amanecer, pero no lo hizo. Acto seguido, sonrió por fin y sacudió la cabeza, pues sabía que aquellas frías y relucientes esposas no iban a contenerle por mucho tiempo.